

Sandra Worth

LAS DOS ROSAS

EL ÚLTIMO PLANTAGENET

Traducción de Montse Batista



ediciones Pàmies

Título original: *The Rose of York; Fall from Grace*

Primera edición: enero de 2009

Copyright © 2007 by Sandra Worth

© de la traducción: Montse Batista, 2008

© de esta edición: 2009, ediciones Pàmies

Carlos Alonso, editor

C/ Julián Hernández, 8

28043 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-30-0

Diseño de la cubierta: Javier Perea

Ilustración de cubierta: Bridgeman Art Library

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Dedicatoria

Para mi hija, Erica

“Aunque la verdad sea silenciada y repose un tiempo,
no se pudrirá, ni perecerá”.

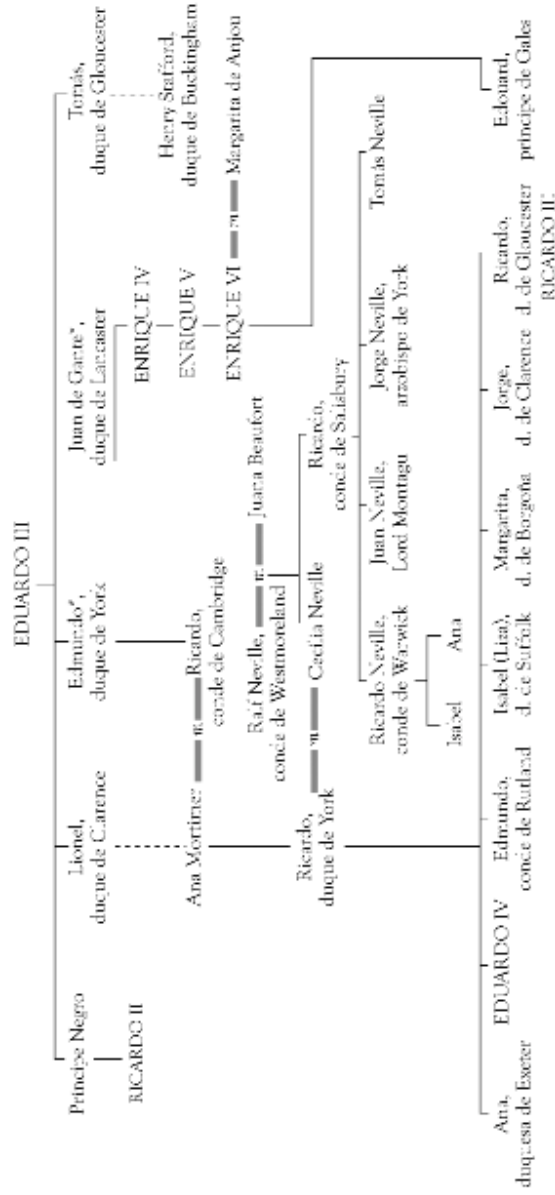
Ricardo, duque de York, padre del rey Ricardo III, hacia 1455

“Es mediante el sufrimiento que Dios se ha acercado más al
hombre. Es mediante el sufrimiento que el hombre se une más
a Dios”.

Inscripción en la Memorial Church de la universidad de Stanford.



Las Casas de York, Lancaster y Neville, de 1399 a 1465



* Para simplificar el árbol, Juan y Eduardo se presentan como si también cambiara su orden de nacimiento.



EL ÚLTIMO PLANTAGENET

1483—1485

CAPÍTULO 1

¡Dios bendiga al rey y a toda su compañía!

El día de la primera coronación doble en doscientos años amaneció radiante. A la hora prima, mientras las campanas de las iglesias repicaban por todo Londres, Ricardo de Gloucester salió de Westminster Hall para asistir a la coronación en la Abadía. Detrás de su séquito iba el de Ana. Ricardo se quitó los zapatos y, en tanto que los heraldos anunciaban su paso con las trompetas, caminó descalzo por la alfombra roja seguido por sus nobles y por una procesión de sacerdotes, abades, obispos y un cardenal que portaba una gran cruz que descollaba sobre él.

Ricardo posó la mirada en lord Stanley, el hombre de barba pelirroja que llevaba la maza. Recordó sus propias palabras: “En lo que sí se puede confiar, tan seguro como que la primavera sigue al invierno, es que un Stanley se pondrá del lado del ganador sea cual sea su pecado”. Él no tenía intención de recompensar a Stanley por su traición; sin embargo, lo había hecho. Suponía que para aplacar su propio sentimiento de culpabilidad por arrebatarse la vida a un hombre mejor, e hizo una mueca al recordar a lord Hastings. Incluso a la esposa de Stanley, Margarita Beaufort, se le había dispensado un gran honor aquel día. Harry Buckingham, el primo y buen amigo a quien le había confiado la coronación, había concertado que fuera ella quien le llevara la cola a Ana; ella, la madre de Enrique Tudor quien, ahora que todos los verdaderos lancasterianos pretendientes al

trono estaban muertos, ¡se había convertido en pretendiente por el simple hecho de estar vivo! Verdaderamente, el mundo era un lugar extraño.

Ricardo se preguntó cómo estaría Ana. Aquejada de un resfriado y fiebre, el día anterior había tenido que hacer el tradicional recorrido del monarca desde la Torre de Londres hasta el Palacio de Westminster en litera. Para gran alivio de Ricardo, aquella mañana Ana se había sentido lo bastante bien como para ir andando a la ceremonia y en aquellos momentos entraba en la Abadía de Westminster tras él. Al menos en esta ocasión se acallarían las malas lenguas que perseguían augurios nefastos. Nadie hubiera dicho que había estado tan enferma, pues se la veía hermosa con su manto de terciopelo carmesí ribeteado de piel y el cabello suelto cayéndole por la espalda y no había en ella ni el más ligero rastro de su reciente dolencia. Liza, la hermana de Ricardo, caminaba junto a ella seguida de otras damas nobles y de una hilera de caballeros. No obstante, faltaba Nan, la hermana mayor de Ricardo. Su madre no había acudido, por supuesto. Incluso se había negado a darle su bendición. Ricardo apartó de sí dicho recuerdo. Pero toda la nobleza de Inglaterra se hallaba presente, lo cual era muy de agradecer. Significaba que Inglaterra lo aceptaba de buen grado.

Se aproximaron a la puerta oeste de la Abadía. El letrado del Palo Gules se mecía con la brisa en el patio de la casa del limosnero. Allí, en 1476, William Caxton, el viejo pañero de Brujas, había conseguido publicar sus libros con la ayuda de la prensa Gutenberg que se había traído de Alemania. Habían recorrido juntos un largo camino desde aquella tarde ventosa en la taberna de Brujas, pensó Ricardo, maravillándose de los caprichos de la vida. En aquel entonces él era un joven de diecisiete años destrozado, hambriento y pobre, un exiliado de su tierra natal con pocas esperanzas. Ahora sería rey.

Apartó la mirada del establecimiento de Caxton y al detenerla en su amigo Francis Lovell, quien llevaba la Espada de la

Justicia, recordó una pregunta que Francis le había planteado siendo niños. “Si pudierais ser cualquier miembro de la corte del rey Arturo, ¿quién seríais?”. Entonces no había tenido respuesta. Lancelot, a quien admiraba como la personificación de su valiente primo Juan Neville, le había parecido fuera de su alcance. Posteriormente, cuando se debatía entre el amor y la lealtad, se había sentido más semejante a Lancelot que a cualquier otro caballero de Arturo, pues Lancelot había sido el más imperfecto.

“Al fin puedo responderos, Francis —pensó—. Seré Arturo y reinaré con clemencia y justicia”.

Las voces agudas y cristalinas de los coristas se alzaron en alabanza. De la iglesia brotaron los cánticos, *Domine in virtute...*

Ricardo y Ana entraron en la nave y recorrieron el pasillo. Cientos de velas parpadeaban y el incienso inundaba la atmósfera con un aroma denso e intenso y desprendía volutas de humo que flotaban en la nave sombría. En el altar elevado Ana miró a Ricardo mientras él se arrodillaba para que lo ungieran con el santo óleo y se alzaba para ser investido con su regio atavío dorado y negro. El anciano cardenal Bouchier tomó la corona de San Eduardo y se la puso en la cabeza.

Por el rabillo del ojo Ana vio que el primo de Ricardo, Harry Buckingham, se daba la vuelta. “Como si no pudiera soportar verlo”, pensó. ¿Por qué no iba a llenarlo de alegría aquel momento cuando había sido el aliado más incondicional de Ricardo y había jugado un papel decisivo en su acceso al trono? Sus esfuerzos culminaban con la coronación de Ricardo... “A menos que... a no ser que...”.

Ana no tuvo tiempo de completar su pensamiento. Liza, la hermana de Ricardo, le estaba arreglando el pelo y el cardenal Bouchier se acercaba para ungrirle la frente. Se estremeció al notar su frío tacto. El cardenal sostuvo la corona sobre ella. Ana

se puso tensa bajo su sombra. El cardenal se la colocó en la cabeza y el peso fue como un repentino golpe. Le pusieron el cetro y el báculo en las manos y un centenar de voces entonaron un tedeum. El cántico inundó la catedral, resonó contra los pilares de piedra, las vidrieras de colores y los elevados arcos, pero en la dolorida cabeza de Ana la salmodia se deshizo en un coro de notas discordantes. Ana se puso de pie y avanzó con Ricardo hacia sendos tronos de la capilla de San Eduardo para oír la misa.

La esposa de Stanley, Margarita Beaufort, apareció a su lado.

Ana sintió un súbito escalofrío. En la penumbra, el estrecho rostro de rasgos lobunos de Margarita Beaufort había adquirido un gesto cruel. Su sonrisa parecía forzada, extrañamente torcida, y sus ojos hundidos tenían un brillo amenazador. Ana se reprendió por su pensamiento poco caritativo. “Margarita Beaufort se ha interpuesto entre las velas y yo y por un momento ha proyectado su sombra sobre mí sumiéndose ella también en la oscuridad”, dijo para sí. Nada más que eso. Margarita era una buena mujer conocida por su devoción y que gozaba del favor divino. A la edad de diez años había recibido una visión...

A Ana le dolía la cabeza por el ruido de la ceremonia. La atmósfera en el interior de la Abadía era empalagosa, olía a humedad yapestaba a incienso y a los perfumes rancios de los nobles. Cerró los ojos e intentó recordar las ráfagas de frío viento que barrían sus queridos páramos de Yorkshire, pero lo único que sentía era el peso de la corona. El cardenal Bouchier seguía hablando con voz monótona.

Abrió los ojos. Su mirada cayó en la corpulenta y robusta figura de Stanley. ¿Por qué había insistido Buckingham en concederle a Stanley el honor de llevar la maza, cosa que en buena lid le correspondía a otro? ¿Por qué había colmado de semejantes honores a Stanley y a su nueva esposa, la madre de Enrique Tudor? Le dio vueltas a la cuestión en la cabeza y no le encontró ningún sentido. Como desafiaba a la razón, adquiriría

un aspecto sospechoso y siniestro. *Buckingham*... Le recordaba mucho a Jorge, el hermano de Ricardo ya fallecido. Tenía la misma sonrisa, los mismos rizos dorados, la misma arrogancia, elocuencia y necesidad de llamar la atención. La misma superficialidad y ambición. Ana no podía confiar en él y sin embargo sabía que Ricardo lo hacía sin reservas. *Tal como mi padre confió una vez en Jorge*. Parpadeó y se llevó una mano a la frente. Algo le pasaba en la vista. Había sombras por todas partes, en torno a Ricardo y ella. Eran la fatiga y el ruido que hacían que la mente le jugara malas pasadas. Deseaba que la ceremonia llegara a su fin. Sin embargo, continuó. Todavía quedaba la Sagrada Comunión.

Finalmente Ricardo hizo ofrenda de la corona de San Eduardo y otras reliquias a la capilla. Ana suspiró aliviada. Se había terminado. Se preparó para levantarse. Sonaron los clarines. Se volvió a mirar a Ricardo. Él tenía la tez pálida y el semblante serio. Fue en aquel instante cuando tuvo plena conciencia de ello. Ricardo era rey de Inglaterra.

¡Virgen Santa, y ella era reina!

Reina. Lo que su padre había soñado. Lo que ella nunca había querido. ¡Ahora se lo habían impuesto! Extendió la mano, se apoyó en la capilla de San Eduardo y susurró una plegaria.